

Versos al borde del Abismo

Florencia Ybañe



Capítulo 1

Círculo de hadas.

Ven esta noche a danzar,
Círculos mágicos has de soñar;
Cantos han hoy de escuchar
Tristes marineros en alta mar.

Solo será un minuto, puedo jurar,
Hijo de Adán, así lo sentirás.
Y si el mundo ha muerto al regresar,
Mi bello rostro tendrás que culpar
Por nuestro hechizado baile circular.

En nuestro banquete has de encontrar
Dulces delicias de nuestra deidad;
Y si vino bebieras en nuestro altar,
Perdido por siempre tu mundo mortal,
Vivirás enajenado tras nuestro portal.

Por eso, pequeño pajarillo, en verano
No has nunca con anhelo de buscarnos;
Y si escuchas nuestra canción de antaño,

Rézale a tu Dios, corre hacia otro lado.

A Tir Na Nog muchos necios han llegado

Y allí con la locura se han desposado.

Anhelo errante.

Lágrimas se deslizan heladas

Por el oscuro cristal de mi ventana,

En mis ojos han sido negadas

Por Lucifer, con sus manos, arrebatadas.

El tren, indiferente, continúa su marcha,

Cada estación mi pecho desgarrar;

Pero no lloraré tu pérdida ni mi marcha,

¿Cómo? Si tú y yo nunca fuimos nada.

La realidad se desdibuja en esta ventana,

Los rieles dan ritmo a mis plegarias,

¿Pero quién oiría mi letanía pagana?

En el tren conmigo viajan

Eros,

Asmodeo

Y

Titania.

Danse Macabre.

Lágrimas cayeron sobre las cenizas,
En dolor se transformó la dicha,
Ahora que tu sangre sobre mí se enfría.

Fue tanto, tanto dolor,
Recuerda la desesperación,
Las súplicas por perdón
En bocas sin pecador.

Nada detuvo la carnicería
Los ríos rojos que fluían;
Entonces llanto se tornó risa
Y mi razón se hizo trizas.

Ahora levanto yo el telón,
Para un vals de desesperación,
Y río ante tu martirio,
Cazador cazado por el león.

. . . .
Rojo. . . .

. Rojo. .
Rojo. .
.
Rojo

Bailaremos toda la noche,
Largo vals de desvelo,
Y al llegar el sol al encuentro,
Tu tumba será nuestro secreto.

La vida del fallecido Sr. Weatherby.

Hoy me desperté muerto.
Hoy me desperté en un casquete coqueto,
En mi traje de domingo, el de chaleco;
Como buen cristiano, esperé primero,
Pero ni ángel ni luz vino a mi encuentro.
Para nada seguí esos mandamientos,
Vida rutinaria, sin muertes ni adulterio.
Al menos no está tan muerto el cementerio
El sol muere y se levantan los muertos.
Me visita doña Flora, del nicho comunero,
Sin que se apaguen las velas del entierro,

Entre sus faldas tiasas mi devoción pierdo,
¡Qué Dios, y qué infierno!

Abandonados nos dejaron,
En este limbo, en el medio,
Pero ni las monjas se quejaron
Con ningún médium pasajero,
Las sotanas al suelo cayeron,
Todo excepto el bacanal va decayendo,
¡Quién supiera el jolgorio de estar muerto!

Aquí en las noches no hay bostezo,
Se juega a los dados con los huesos,
Bailamos y aullamos a las figuras de yeso,
A la opresiva vida despedimos con un beso.

Fey Folk Love.

Y me perdió la inmensidad oscura de esas noches sin lunas, sin estrellas;
la profundidad de sus pesares e inteligencia... El brillo de su astucia. Me
pedí en ojos de ónix un día, no sé cuándo y no sé dónde, ¡Pero estoy
perdida! Y no quiero encontrarme.

Por estos escasos segundos efímeros, cada día eres mío, aunque no sea
más que un desvarío.

¿En qué endurecidos atardeceres esas gemas perdieron su brillo?, ¿En qué

derrotado suspiro?

Sigue mis pies a Tir Na Nog, une tu mortal camino con el mío.

Amor de sátira.

Siente esta brisa ligera,
Esta brisa de primavera;
Déjala jugar con tus cabellos,
Cierra esos inocentes ojos bellos.

¿Es esto tibia humedad de tormenta?
¿Esto a miel o a hiel alienta?
Belfegor, mantén hoy su voluntad lenta,
Ilusión sobre la sangre para esta doncella.

Inocencia perderá al levantarse el telón,
¡Cuánta tristeza y desilusión!
Cuento de hadas envilecido en perversión,
A pequeñas damiselas empaña el corazón.

Cuando un amor imposible florece

El alma de dos jóvenes se consume,
Son eternos los Capuletos y Montescos.

¡Con qué repugnante facilidad el santo cae!
Y cuánto cuesta un alma pura mantener;
A otros inconscientes Paolos y Francescas,
El infierno cada día abre sus puertas.

Madame Macabre.

Susúrrame al oído
Tus peores designios,
Y cuando en tus papilas ansiosas
Vital fluido pecaminoso gozas,
Bésame, pinta en mi boca una rosa.

Cuando grito, susúrrame al oído
Como se luce en mí el rojo vivo;
Átame a tí en ponzoñoso destino,
Oscurece mis virtuosos designios.

Despedázame, y susúrrame al oído

Que sabes que amo mi delirio,
Destruyeme con tu sádico cariño,
Sabes que mi amor es solo masoquismo.

Condena.

El mundo ardió hoy,
Nadie lo notó,
Éramos solo tú y yo
Y el Averno basto, inmenso.

El eterno invierno
De nuestros tristes encuentros
Arrebatado fue por el infierno;
Para almas impuras no hay sosiego.

Fuera nuestra sangre a helar,
O fuego a arrasar nuestras venas,
No hay paz, solo penas,
¡Si solo buen cordero fuera!
Para ti, para mí, solo existe condena.

Vivir y existir.

¿Alguna vez has danzando en la nieve?

¿Alguna vez has danzando en las cenizas?

¿Alguna vez, mi querida, te has abandonado en los brazos de Cernunnos bajo la luna Madre, con solo los astros como guías?

Beber el néctar de la vida podría pararte el corazón, pero cualquier otro camino en roca lo tornaría.

Dar rienda suelta, en el lecho de Asmodeo, a tus más blasfemas fantasías, ¿En pagana deidad te volvería?

La vida y la muerte misma senda serían, pero al menos a tal punto, por seguro sabrías que no meramente existirías.

Miedo.

Los pequeños siempre gritan.

Él solo quiere ser amado.

Ellos siempre gritan. Les asustan sus espinas, su oscura existencia bajo sus camas.

No entienden. Nadie nunca lo hace.

Solo le ha faltado que lo quieran para ser bueno.

Si tan solo uno, ¡Uno!, No hubiese gritado...

Si alguien le hubiese tendido la mano ¡Hubiesen visto! Hubiesen visto que

podía ser manso como un cordero.

Sus espinas siempre se agitan cuando ELLOS gritan.

No es su culpa, en realidad. Ellos eligen sus destinos.

¡Si tan solo no hubiesen gritado!

Pero tal vez no era culpa de los niños, realmente.

Con sus espinas aun chorreando carmín, se detuvo y meditó.

Tal vez, simplemente, nadie podía amar a un monstruo.

Compañera del Alba.

La dulzura en tu mirada,

La calidez embozada en tu sonrisa,

Las dulces palabras susurradas

Al oído de la joven dama,

Palabras tan efímeras

Como la más leve de las brisas.

Permíteme, presentarme,

Soy la Muerte, de nieve vestida;

Del más puro blanco

Es mi vestido de gala,

Cuando voy al encuentro

De una inocente alma.

Tan hermosa, tan joven, tan soñadora,
Pequeña de diecisiete primaveras coronada;
Su frágil y engañado corazón se paraliza,
Solo el siniestro brillo carmín y el arma
Juega con los rayos pálidos de la luna
Que, tristes, se cuelan por el ventanal al alba.
Sus ojos ya no brillan, ¡Ha muerto Spica!
Ven, dulce doncella de desolado corazón,
Sube a la barca del Olvido,
Ya está rayando el alba,
Crucemos tu mar Desesperanza, niña mía,
Rememos a la Isla Indiferencia
Y busquemos la paz para tu alma.